

## Entrada libre

# La caída de la globalización y el renacimiento del nacionalismo

John Ralston Saul

John Ralston Saul (Ottawa, 1947), politólogo y economista, ha escrito varias novelas —la más conocida, sin duda, *Muerte de un general* (Bruquera, 1980)— así como numerosos libros de ensayos —entre ellos la trilogía *Los bastardos de Voltaire* (Andrés Bello, 1998), *Diccionario del que duda* (Gernica, 2000) y *La civilización inconsciente* (Anagrama, 1997). Este artículo apareció originalmente en *Harper's* (marzo de 2004). Traducción de Alma Parra.

**L**as grandes teorías económicas rara vez duran más de unas cuantas décadas. Algunas, si es que están a tono con los acontecimientos tecnológicos y políticos, pueden llegar al medio siglo. Después de eso, casi requieren de la fuerza militar para mantenerse en su lugar.

La teoría del capitalismo salvaje, extinta en 1929, duró apenas poco más de treinta años. El comunismo, una mezcla de teorías religiosas, económicas y globales, se prolongó setenta años en Rusia y cuarenta y cinco en Europa central, gracias precisamente al uso intensivo de la fuerza del ejército y la policía. Si a la flexible y musculosa forma del keynesianismo durante la depresión se le agrega su más endurecida versión de la posguerra, duró cuarenta y cinco años. Nuestra propia globalización, con su determinismo tecnocrático y tecnológico y su idolatría hacia el mercado, se prolongó treinta años. Y ahora, ésta también está exánime.

Por supuesto que las grandes ideologías rara vez desaparecen de la noche a la mañana. Las modas, ya sean en la ropa, la comida o en la economía, tienden a perecer. Miles de personas han sacado provecho de su fe en la globalización, y su supervivencia profesional depende de nuestra continua devoción compartida con la causa. Su sentido de propia valía también lo es. Continuarán en puestos de poder durante algunos años y su caso lo defenderán durante unos cuantos años más. Pero las señales de decadencia

*La inevitabilidad es por tradición la justificación última de las ideologías que fracasan. Menos tradicional —y un signo de debilidad inherente— es el grado en que la globalización se concibió como una religiosidad pasada de moda.*

son claras: desde 1995 se han multiplicado, unas tras otras, llevando una situación de confusión al derrumbe.

Sólo que nosotros hemos notado muy poco este derrumbe porque la globalización la impusieron sus defensores como algo inevitable: un dios todo poderoso; una santísima trinidad de mercados efervescentes; tecnología incansable y administradores sin fronteras. La oposición o la crítica han sido tratadas como algo menos que un paganismo romántico. Éste se vio impotente frente a este dios sorprendentemente furioso, que no hacía más que enviar sus rayos contra los que fallaran, recompensando con coronas doradas a sus héroes y campeones. Si la globalización ha parecido tan seductora a las sociedades construidas sobre las mitologías griegas y judeocristianas, tal vez la razón sea esta grotesca confusión de salvación, fatalismo y castigo. Transferidos a la economía, aunque sea de forma desordenada, estos sistemas de creencias nos son casi irresistibles.

Los imperios británico y francés se vanagloriaron y defendieron su poder de un modo similar desde el siglo XIX, es decir, justo cuando comenzaban a derrumbarse. Y conforme los variados nacionalismos decimonónicos caían en el horror, sus defensores los transformaron progresivamente en un asunto racial.

La inevitabilidad es por tradición la justificación última de las ideologías que fracasan. Menos tradicional —y un signo de debilidad inherente— es el grado en que la globalización se concibió como una religiosidad pasada de moda. Quizá los economistas y otros creyentes que se embarcaron con la globalización estaban instintivamente preocupados de que la gente se diera cuenta de que sus nuevas teorías fueran curiosamente similares a las teorías del comercio de mediados del siglo XIX, o de los modelos de mercado libre que quedaron desacreditados en 1929. Y de este modo, considerando como un intervalo accidental los cuarenta años intermedios, partieron del punto en el que sus predecesores se quedaron con certidumbre religiosa.

Pese a su certeza inicial, una creciente vaguedad rodea hoy la promesa de la globalización, parece que hemos perdido la pista de lo que hace treinta o incluso diez años atrás se declaraba como inevitable:

Que el poder del Estado-nación estaba de salida para ser reemplazado por los mercados globales. Que en el futuro la economía determinarían el desarrollo de la historia, y no la política o las armas. Que los mercados libres establecerían rápidamente un balance internacional natural insensible a los viejos ciclos de auge y depresión. Que el crecimiento del comercio internacional, resultado de la eliminación de las barreras, desataría una marea económica y social que se encargaría de sacar a flote a todas las naves, ya fueran de nuestro Occidente pobre o del mundo en desarrollo en general. Que los prósperos mercados convertirían a las dictaduras en democracias. Que todo esto desalentaría al nacionalismo irresponsable, al racismo y a la violencia política. Que la economía global produciría estabilidad por medio de la creación de corporaciones todavía más grandes impermeables a la bancarrota. Que estas corporaciones transnacionales suministrarían un nuevo tipo de liderazgo internacional, libre

de prejuicios políticos. Que el surgimiento del liderazgo de los mercados y que la caída de las políticas nacionales, con su tendencia a deformar los procesos económicos sanos, forzarían el crecimiento de gobiernos libres de deudas. Para entonces el matrimonio de nuestros gobiernos con un estado de cuentas nacionales libres de déficits estabilizarían así a nuestras sociedades.

En síntesis, que si las fuerzas económicas fueran liberadas del hombre voluntarioso nos blindaríamos en contra de los errores del amor propio, al tiempo que permitirían que los intereses individualistas llevaran a todas las personas a una vida mejor. En conjunto, todas esas fuerzas e intereses privados producirían prosperidad y felicidad generalizadas. En una sociedad en la que el dogma cristiano fue tan dominante hasta hace poco, ¿cómo era posible que la gente de buena fe no se sintiera atraída por estas buenas noticias, por estas promesas de redención personal? Y si además a todo esto se le agrega una multitud de nuevos métodos tecnocráticos de mercado, entonces los ciclos de la historia se romperían, poniéndonos en una ruta permanente e inevitable. En palabras de un creyente particularmente ingenuo, la historia moriría. La historia ya estaba muerta.

La globalización se materializó en el decenio de 1970 como una especie de vacío geopolítico o como la neblina que siempre aparece cuando una civilización comienza a cambiar de rumbo para transitar lentamente de una a otra era. En geopolítica, el vacío no es una alternativa. Es una etapa entre opciones, una oportunidad, dando por hecho que se puede reconocer por lo que es, un breve interregno durante el cual los individuos pueden maximizar su influencia en el rumbo de su civilización.

¿Qué fue lo que originó este vacío en particular? Quizás un cuarto de siglo de reformas sociales dejaron exhaustas a las élites liberales. La necesidad de manejar una multitud de enormes nuevos programas sociales que han sido puestos en su lugar de forma democrática —de una manera *ad hoc*—, les dificultó a los líderes políticos concentrarse en la línea central, es decir, concentrarse en el bien público en un sentido amplio. En cambio, los gobiernos se vieron atrapados en los interminables y desorientados detalles de la administración. O quizá la causa del vacío fuera el resultado de la confianza de aquellas élites políticas o tecnócratas que entendían poco del debate público —de hecho desconfiaban de él— dejando de esta manera en el aislamiento a los dirigentes.

En cualquier caso, la mayoría de los líderes de Occidente parecían confundidos sobre lo que podrían hacerse de ahí en adelante. Habían llegado al final de un capítulo del progreso social. Y no podían haber estado menos preparados contra un ataque religioso sobre sus motivaciones éticas, especialmente uno en el que las clásicas ideas judeocristianas de lo sagrado se habían convertido en cuestiones económicas inevitables.

Estas ideas económicas, nuevas en teoría, se parecían muy poco a los simplistas argumentos económicos anteriores a 1929. El fervor religioso se había fundido con olas chispeantes de nueva tecnología y con montañas de datos macroeconómicos, presentados



*Pero lo que realmente abrió la puerta a la globalización fue la depresión que nunca siguió a la caída económica de 1973. La reinante obsesión tecnocrática en cuanto a la administración y el control se expresó en que todos nos teníamos que calmar.*

todos como hechos. Vueltos a lanzar de esta manera, como tres en uno, uno en tres, las viejas ideas parecían nuevas.

Las élites liberales, atrapadas en la racionalidad instrumental de la administración programática, respondieron a este ataque con un imperturbable rechazo superior poco imaginativo. En lugar de hablar del bien público, defendieron las estructuras administrativas. El efecto fue que hicieron parecer jóvenes, ágiles y modernos a los cansados y desacreditados argumentos de mercado.

Un signo chusco de la época fue la creación en 1971, de un club de dirigentes corporativos europeos en una villa alpina llamada Davos. Desde ahí podían examinar a la civilización a través del prisma de los negocios. En breve, los hombres de negocios llegaron de todo el mundo. Los líderes gubernamentales y académicos arribaron en busca de inversionistas. En su conjunto, los líderes de los negocios, los políticos y los académicos parecían aceptar el dogma medular de Davos: que al bien público había que tratarlo como un efecto lateral del comercio, la competencia y el interés privado.

Davos fue sólo un timón del tiempo, una versión de una corte real importante para sí misma, pero cuando en 1975 se creó el G6 —actualmente, G8— su objetivo imitó el de Davos: congregar a los líderes de las más importantes economías nacionales a examinar el mundo a través del prisma de la economía. Nunca antes las naciones tuvieron una organización que de forma tan explícita fuera pensada de esta manera, cuyo centro de relación girara alrededor del crudo interés comercial privado, sin los contrapesos positivos y negativos de los estándares sociales, los derechos humanos, los sistemas políticos, las dinastías, las religiones formales y, en el extremo negativo, los presuntos destinos raciales. Valéry Giscard d'Estaing, el presidente francés que organizó la primera reunión del G6 en su residencia oficial, Rambouillet, era el modelo típico del economista tecnócrata europeo. Y su enfoque fue el que predominó.

Pero lo que realmente abrió la puerta a la globalización fue la depresión que nunca siguió a la caída económica de 1973. La reinante obsesión tecnocrática en cuanto a la administración y el control se expresó en que todos nos teníamos que calmar. De modo que nos dijeron que esto sólo había sido una recesión. Sobrevino entonces otra recesión, y luego otra, y luego otra y otra, siempre minimizadas, siempre a punto de resolverse. Los reformadores sociales, que dominaban en casi todos los partidos políticos y gobiernos, se negaron a ellos mismos el derecho a hacerse a un lado y a enfrentar la situación como un todo. Habían perdido el aliento intelectual y el equilibrio emocional para hacerlo. De modo que gradualmente perdieron el derecho a ser dirigentes.

En lo que toca a la nueva fuerza o ideología que llegó para llenar el vacío, implicaba una estrategia todo incluido llamada globalización: un enfoque que contenía la respuesta a nuestros problemas. Resultó deliciosamente seductora. Contemplaba soluciones radicales simples y, como toda religión exitosa, deparaba la responsabilidad última en manos invisibles e intocables.

La globalización, de este modo, no requería que nadie se responsabilizara de nada.

Esta trascendente visión llenó rápidamente el vacío. La primera vez que escuché el tipo de pasividad personal que producía este sistema de creencias fue en la televisión nacional francesa, en un discurso de Giscard d'Estaing. Él había sido elegido como un líder político de nuevo estilo, el del economista brillante. Moderno. Casi posmoderno. Él guiaría a la sociedad por medio de la economía. Pero llegó justo después del derrumbe de 1973, que conllevó una inflación elevada y desempleo. Tras un año de batallar con el derrumbe, Giscard salió en la televisión a decirle a la gente que ya estaban en marcha las grandes, de hecho, las inevitables fuerzas globales. Por tanto, era poco lo que él podía hacer. Los Estado-nación eran impotentes.

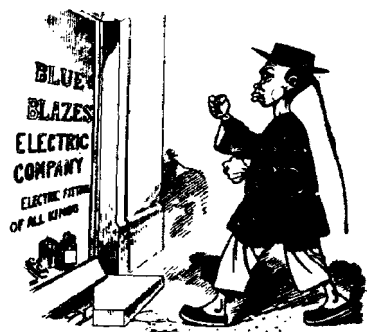
Ése fue el inicio de las agitadas declaraciones públicas de impotencia por parte de los dirigentes electos de forma democrática. La globalización se volvió el pretexto para no hacer frente a los asuntos difíciles, para no emplear los instrumentos de poder y los presupuestos para resolverlos. Éstos se encargaron de hacer creíbles las fuerzas de lo inevitable.

La globalización tenía brillantes cabilderos, la señora Thatcher fue la primera entre ellos, y economistas como Milton Friedman, al igual que las oleadas crecientes de administradores y asesores de nuevo estilo. Esta gente ejercía una multiplicidad de papeles. Instruían a los líderes de los sectores público y privado, organizaban las estructuras para aplicar las políticas y administraban esas estructuras en una base diaria. Y su teoría básica era (es) que la metodología moderna es universal. Más aún, esos métodos eran preferibles a los desaseados argumentos de la democracia y de la voluntad personal, ya fueran éstos un asunto de opinión o de elección personal. En otras palabras, estaban comprometidos en la clásica lucha para promover el método sobre la opinión, esto es, la forma sobre el contenido.

Y así como resulta siempre que una forma es dominante, se emprendieron toda una variedad de experimentos ideales. Alrededor del mundo, se desplomaron los servicios civiles, se desregularizaron los sectores público y privado, se liberaron los mercados, se recortaron los impuestos y se equilibraron los presupuestos públicos. Las corporaciones crecieron en tamaño por medio de las fusiones y las re-fusiones. El gigantismo llegó a ser considerado como indispensable para el éxito en el nuevo mercado mundial. El comercio creció en un sorprendente múltiplo de veinte. La integración económica europea se aceleró. Nueva Zelanda, el modelo original de sociedad democrática, dio un vuelco completo a mediados del decenio de 1980 e intentó convertirse en el perfecto Estado-nación globalizado. Las economías de Canadá y Estados Unidos se integraron rápidamente después de firmar el Tratado de Libre Comercio en 1988, al que se agregó la integración de la economía mexicana con la firma del Tratado de Libre Comercio de Norteamérica.

Los reformadores sociales, por su parte, reestructuraron sus propios argumentos hasta que los supuestos básicos se convirtieron en los mismos de los de sus adversarios. Los socialdemócratas y los liberales en casi todas partes se convirtieron en globalistas, pero de una clase más amable y gentil.

*La globalización se volvió el pretexto para no hacer frente a los asuntos difíciles, para no emplear los instrumentos de poder y los presupuestos para resolverlos. Éstos se encargaron de hacer creíbles las fuerzas de lo inevitable.*



Un gobierno tras otro, **como** en un ataque de moralina, se pusieron a legislar en **contra de su derecho** de adquirir deuda o de recabar nuevos impuestos. **aun cuando** ambos eran poderes gubernamentales fundamentales. **centrales** para la construcción y el mantenimiento de las **democracias**. De hecho, la deuda y los impuestos habían jugado el **mismo** papel fundamental en el periodo predemocrático. Al mismo tiempo, el sector privado inventó innumerables nuevas deudas y privatizó los impuestos para sí. Todo, desde los bonos chatarra hasta las tarjetas de crédito, quedó considerado como dinero privatizado desregulado. Y más que nunca, las corporaciones usaron el viejo mecanismo de la insolvencia para limpiar sus propios pisos cada vez que era útil hacerlo.

El pecado de la deuda pública se amplió así atribuyéndolo a la utilidad pública. Bien administrada o no, tenía que ser privatizada o desregulada dentro de un mercado globalizado para limpiarlo de las ineficiencias del sector público. Esto trajo consigo a su vez un utilitarismo a ultranza en los negocios privados, tales como las líneas aéreas, liberadas de las trabas regulatorias para satisfacer una versión moral del individualismo que prometía, por ejemplo, el derecho a viajar, tarifas baratas, mayor oferta, más destinos.

A partir del principio del decenio de 1970 hasta el final del siglo, se echaron a andar múltiples tratados internacionales jurídicamente vinculantes, mientras que no hubo ningún tratado de contrapeso de cooperación que se negociara sobre las condiciones de trabajo, los impuestos, el medio ambiente o las obligaciones legales. Durante 250 años, el doloroso trabajo de construir el Estado nación moderno había dependido de un equilibrio constante de las reglas de cooperación entre el bien público y el interés privado. Ahora este equilibrio apuntaba violentamente hacia un solo lado al volcar mucho de nuestro poder económico hacia el mercado global.

Con un poder económico desnacionalizado y transnacionales haciendo uso del nuevo sistema de divisas y deuda desregulados para acumular mayor valor financiero que aquel de la mayoría de los Estado-nación, el siguiente paso lógico consistió en pensar en esas mismas transnacionales como nuevas naciones en sí mismas: naciones virtuales, liberadas de las limitaciones de la geografía y de los ciudadanos, liberadas de las obligaciones locales, facultadas con la movilidad del dinero y de los bienes. Mejor en todos sentidos.

En 1995, llegó a su clímax este ascenso de la globalización a lo largo de un cuarto de siglo, cuando el viejo sistema de acuerdos internacionales de comercio —conocidos colectivamente como el Tratado General de Aranceles y Comercio (GATT)— fue replanteado como un nuevo cuerpo poderoso de la Organización Mundial de Comercio. Ése fue su último triunfo. La creación de la OMC no tuvo nada de extraordinario. Era solamente un cuerpo centralizado para tratar los asuntos de comercio —no una cosa mala en sí misma. El punto importante era el contexto. La reconceptualización de la civilización a través del prisma de la economía había llegado a una barrera crítica. Más allá de esa barrera cualquier intercambio internacional que involucrara un elemento comercial sería tratado como *fundamentalmente* comercial. La cultura pasaría a ser



vista como un mero asunto de regulación industrial; la comida, como un resultado secundario de las industrias agrícolas.

Lo que llamó particularmente la atención pública alrededor del mundo fue la idea de que la salud nacional y las reglas alimenticias serían tratadas no como la expresión de la gente acerca de qué tipo de cosas ponían en sus estómagos colectivos, sino más bien como mero proteccionismo— a menos que estuviera apoyado por la más dura de las evidencias científicas. Esa clase de evidencia tardaría normalmente décadas en llegar. El principio precautorio y la opinión del ciudadano fueron lanzados simultáneamente en favor de una teoría absolutista del intercambio comercial.

El enfoque determinista hacia la agricultura como una industria más que como fuente alimentaria hacia las implicaciones de todo —desde los fertilizantes, herbicidas e insecticidas, hasta la genética, las hormonas, los antibióticos, el etiquetado y el origen—, se convirtió en el punto focal de una preocupación mucho más grande entre los ciudadanos. Este fue el contexto en el que un creciente porcentaje de gente juzgó el manejo de asuntos clave tan diferentes como la enfermedad de las vacas locas, la disponibilidad de los fármacos en el mundo en desarrollo y el calentamiento de la Tierra. La gente comenzó a sentir que lo que se presentaba como un argumento del globalismo en contra del proteccionismo era frecuentemente sólo una oposición confusa de elección personal e intereses corporativos abstractos. Así, la globalización privilegió una metáfora por elección, no se estaba organizando alrededor de consumidores, sino de estructuras corporativas que buscaban ganancias por medio de la limitación a la elección personal.

La gente pronto comenzó a notar otras contradicciones en la ortodoxia global. ¿Cómo es que la misma ideología promete el crecimiento del planeta dentro de la democracia al tiempo que se da un descenso en el poder del Estado-nación? La democracia existe sólo dentro de los países. Si se debilita al Estado-nación, se debilita a la democracia.

¿Por qué un inaudito incremento en la oferta de dinero se traduce en escasez de dinero para servicios públicos?, y ¿por qué el crecimiento de dinero enriqueció principalmente a los que ya lo tenían? ¿Por qué tendió hacia un crecimiento de la dicotomía rico *versus* pobre y a exprimir a la clase media? ¿Por qué muchas de las privatizaciones de las utilidades públicas no mejoraron los servicios ni redujeron los costos a los consumidores, sino que garantizaron ingresos a los nuevos propietarios mientras llevaron a la caída de la inversión en infraestructura?

La gente advirtió que de algún modo se desinfló el valor financiero de las grandes conquistas en el empleo femenino. De la noche a la mañana, una familia de clase media *requirió* de dos ingresos. También notó que en tan sólo 25 años, los salarios de un presidente ejecutivo de empresa en Estados Unidos había crecido de 39 veces el salario promedio de un trabajador, a más de 1000 veces. En cualquier parte, los números eran similares. Y los ahorros de los recortes en la burocracia eran superados por mucho por los costos de los nuevos cabilderos y consultores.

*¿Por qué un inaudito incremento en la oferta de dinero se traduce en escasez de dinero para servicios públicos?, y ¿por qué el crecimiento de dinero enriqueció principalmente a los que ya lo tenían?*

Existían tres signos particularmente obvios de que la globalización no cumpliría sus promesas. Primero, el liderazgo de un movimiento encaminado a la “competencia real” se componía en gran parte de profesores titulares, consultores y tecnócratas —es decir, burócratas del sector privado— administrando grandes compañías por acciones. La mayoría de los cambios que buscaban tenían como objetivo reducir la competencia.

Segundo, la idea de las transnacionales como nuevos Estado-nación virtuales no vieron lo obvio. Los recursos naturales están ligados a un lugar fijo, en el interior de los Estado-nación. Y los consumidores viven en territorio y lugares reales: éstos se llaman países. Los administradores y los profesores que pronto se extasiaron, se mostraron entusiastas en cuanto a las nuevas virtudes de las naciones-corporaciones; ellos mismos eran residentes ciudadanos y consumidores en anticuados Estado-nación. Sólo era cuestión de tiempo el que los líderes electos notaran que sus gobiernos eran mucho más fuertes que las grandes corporaciones.

Finalmente, el nuevo enfoque sobre la deuda— pública *versus* privada, Primer mundo *versus* Tercer mundo— reveló una confusión fatal. Los que predicaban la globalización eran incapaces de diferenciar entre la ética y la moral. La ética es la medida del bien público; la moral es el arma de la honradez política y social. Las ideologías políticas y económicas a menudo acaban convertidas en una moral de corte religioso. Pero la globalización desde el principio echó a un lado a la ética e insistió sobre un tipo curioso de honradez moral que incluía el comercio al por mayor, el interés privado sin freno y los gobiernos solos en relación con sus deudas. Estas nociones iban curiosamente acompañadas de algo que frecuentemente se llamó valores familiares, y también de una visión del bien y del mal, a la manera del Antiguo testamento.

De alguna manera se derivaba que si los países se encontraban en problemas financieros, eran transgresores morales. Tenían que disciplinarse a sí mismos. Usar camisas de cabello. Abrazar la negación y el ayuno.

Esta era la cruz de la teoría económica: te tenían que matar económica y socialmente para renacer limpio y saludable. Durante un cuarto de siglo, bajo la mano severa del Fondo Monetario Internacional, este enfoque, cargado emocional y moralmente, se aplicó al mundo en desarrollo sin el menor éxito. Curiosamente había sido presentado según la forma de un utilitarismo indiferente e imparcial. Aquellos que aplicaron la teoría parecían haber reprobado la prueba filosófica de inteligencia y ética funcionales —la habilidad de imaginar al otro. Conforme las deudas del mundo en desarrollo seguían creciendo, ellos simplemente insistieron en subirse a la montaña rusa de la inestabilidad, según la cual la mayoría de la gente debe aprender a actuar de una manera más predecible. Esto trae a la mente a los viejos sacerdotes insistiendo en que los jóvenes deben bañarse con agua fría y hacer más ejercicio.

A la vuelta del siglo, ha quedado claro que el nacionalismo y los Estado-nación eran más fuertes de lo que eran cuando comenzó la





globalización. De hecho, esto ya era visible desde 1991, cuando el ejército yugoeslavo trató de impedir que Eslovenia y Croacia dejaran su federación. La masacre resultante era una prueba para casi todas las organizaciones internacionales. Todas fallaron. Como en una comedia negra, las élites internacionales chismeaban sobre cómo las fuerzas económicas globales habían hecho irrelevantes a los Estado-nación, mientras que miles de personas reales eran asesinadas y eliminadas para satisfacer la creación de aún más Estados-nación. El horror resultante golpeó a los europeos al darse cuenta de que su unión administrativa y económica era inútil en un desastre político y militar.

A la larga, Washington negoció los Acuerdos de Paz de Dayton. Pero Dayton aceptó el modelo de criminales de guerra nacionalistas locales. Los judíos en Bosnia no existen como ciudadanos a menos que pretendan pertenecer a una de las tres razas oficiales. Tampoco la gente con mezcla de sangre. Dayton tiene que ver con naciones basadas en la raza —el más espantoso aspecto del nacionalismo, pero nacionalismo sin embargo. Y así, el triunfo de la globalización, al crearse la Organización Mundial de Comercio en 1995, se aparejó con su humillación con la firma de Dayton el mismo año.

En el deprimente juego de saltar al burro, el acuerdo yugoeslavo compitió con el genocidio en Ruanda, donde entre medio millón y un millón de personas fueron asesinadas. Ésta es una estadística notoria. En un mundo global de medidas económicas y sociales, somos bombardeados a diario por estadísticas aparentemente exactas que miden el crecimiento, la eficiencia, la producción, la reproducción, las ventas, las fluctuaciones de divisas, los niveles comparativos de la obesidad, de los orgasmos, del divorcio, de los salarios y de los ingresos. Y aun así no sabemos, o no nos importa saber, si fue medio millón o un millón de personas las que se masacraron en Ruanda. Y el genocidio fue facilitado por París y Washington, usando los poderes anticuados de los Estado-nación en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para bloquear la intervención internacional. La catástrofe de Ruanda mutó entonces en la catástrofe del Congo que involucró a 4.7 millones de muertos entre 1998 y 2003, ¿o fueron tres millones? ¿O cinco y medio?

El punto es que la inevitabilidad del liderazgo económico global ha sido irrelevante durante todas estas crisis. Mientras que los fieles creyentes hablan de globalización, nos encontramos de hecho en medio de una acelerada disolución política marcada por niveles impresionantes de violencia nacionalista.

Los apercebidos dirigentes nacionales no pudieron sino notar que las teorías de la globalización les estaban fallando. El más público de estos fracasos fue la ruptura de los mecanismos internacionales de préstamos y de deuda. Por un periodo corto parecía como si el enfoque penalizador del FMI fuera a funcionar. Por más de una docena de años, la mayoría de los gobiernos latinoamericanos trataron de seguir las instrucciones impuestas por el FMI, los gobiernos occidentales y los bancos privados. Aguantaron su cruz económica, y en muchos casos esto produjo a la larga

*El punto es que la inevitabilidad del liderazgo económico global ha sido irrelevante durante todas estas crisis. Mientras que los fieles creyentes hablan de globalización, nos encontramos de hecho en medio de una acelerada disolución política marcada por niveles impresionantes de violencia nacionalista.*

*“Más gente pregunta si el sistema financiero internacional operando como lo ha hecho durante los noventa es básicamente inestable.*

*Por el momento, yo pienso que la mayoría de los observadores ha llegado a la conclusión de que lo es, y de que tienen que hacerse algunos cambios.”*

un crecimiento sólido, aun cuando el resultado paralelo fue una división mayor entre pobres y ricos. Pero en cada caso, luego de la recuperación vino una catástrofe aún más grande unos años después.

Resultó que una austeridad tan prolongada debilitó y no fortaleció el tejido social y económico. Así que después de las liberaciones, las privatizaciones y los programas de estabilización inflacionaria, el crecimiento en América Latina —a finales del decenio de 1990— era un poco más de la mitad de lo que había sido antes de las reformas.

Los verdaderos creyentes dirán que pudo funcionar, en caso de existir menos nepotismo, sindicatos más débiles, o menos corrupción. Pero las políticas económicas reales en el mundo real no requieren de condiciones perfectas. Las condiciones perfectas no existen en el mundo real. El crecimiento occidental durante dos siglos se ha dado a pesar de nuestras cambiantes fallas.

Perú y Bolivia están en el precipicio. Argentina se está levantando otra vez, mientras que su juventud educada emigra en masa. Ahora, como Brasil, va a intentar algo que cree más apropiado para sus circunstancias. Sólo Chile parece sólido, y eso es porque, desde la salida de Pinochet, ha diseñado cuidadosamente sus propias soluciones.

En otras palabras, América Latina ya no cree en la globalización. Tampoco África. Tampoco una parte de Asia. La globalización ya no es global. En efecto, muchos ministros de finanzas occidentales han trabajado en silencio en la *re*-regulación parcial de los mercados. ¿Por qué en silencio? Para evitar la ferocidad de los verdaderos creyentes.

En 1998, el gobernador de la Reserva Federal de Australia, I. J. Macfarlane, comenzó a clamar en favor de la regulación:

*“Más gente pregunta si el sistema financiero internacional operando como lo ha hecho durante los noventa es básicamente inestable. Por el momento, yo pienso que la mayoría de los observadores ha llegado a la conclusión de que lo es, y de que tienen que hacerse algunos cambios.”*

En el mismo año, una combinación de desconfiados manifestantes y de ministros de finanzas de todo el mundo desarrollado dieron muerte al Acuerdo Multilateral en Negociaciones de Inversión que había sido orientado para una mayor globalización de las finanzas y la inversión. Rechazaron la idea de más tratados atados a la orientación empresarial sin compromisos políticos o contrapesos sociales.

Casi al mismo tiempo, Malasia respondió a una disolución económica en Asia rehusándose a seguir las reglas globales. El gobierno sacó su moneda del mercado, la hizo inconvertible, la fijó suficientemente baja como para favorecer las exportaciones, bloqueó la salida de capital extranjero e incrementó los aranceles.

Estas medidas se enfrentaron a una explosión de fervor moral en Occidente. Malasia no podía hacer eso. Su economía no podía sobrevivir. El índice de los mercados emergentes líder los expulsó. Entonces todos desviaron sus ojos de la caída inevitable.

En 1999, apenas un año después, el mismo índice readmitió tímidamente a Malasia. Los banqueros comerciales más listos comenzaron a propagar las posibles ventajas a largo plazo de fijar ciertas monedas en ciertas condiciones.

Para entonces, el Banco Mundial, bajo nuevo liderazgo, había comenzado a ablandar su visión global monolítica, aun cuando el FMI ha sido extremadamente lento en aceptar la realidad y continuar. Más avanzado el año, la OMC fue humillada en Seattle por manifestaciones sin precedente.

Hacia el final del siglo, los dirigentes nacionales no fueron los únicos que comenzaron a adoptar visiones más matizadas de las credenciales capitalistas de la globalización. Un creciente número de personas, incluyendo a los líderes más brillantes de los negocios, se pusieron a ver en dónde había funcionado la desregulación y en dónde no.

La industria de las líneas aéreas, por ejemplo, había estado creciendo desde la Segunda Guerra Mundial. Los llamados a la desregulación en la mitad del decenio de 1970 venía de un exitoso y lucrativo sector de crecimiento, que continuó incrementándose hasta el 11 de septiembre de 2001. Incluso entonces, la caída fue sólo del 5.7 por ciento, que visto al lado de 70 años de crecimiento sólido, no podía considerarse una catástrofe. Pero sí lo fue. En dado caso, aquellas corporaciones que hacían llamados a la desregulación un cuarto de siglo antes se habían ido totalmente a la bancarrota, una tras otra, a lo largo de los años intermedios. La industria en su totalidad es ahora dependiente de aerolíneas que rebajan las tarifas. Así, un sector que provee servicios esenciales es administrado sobre márgenes dudosos e inestabilidad institucional.

¿Por qué? Por la devoción a un modelo simplista, monolítico, de fuerzas del mercado global. Pero un avión grande no es un teléfono o un zapato para correr. Los aviones que cuestan cien millones de dólares tienen que pagarse con boletos de avión de cien dólares —un modelo de negocios desalentador. El secreto del éxito de la industria antes de 1973 era su estabilidad —producida por regulaciones públicas de largo plazo cuidadosamente mantenidas.

En lo que toca al romance con el gigantismo —del tamaño de la corporación como criterio para el éxito industrial— éste comenzó a verse muy tonto. Las interminables fusiones habían llevado a niveles de deudas impagables y a la bancarrota. Era como si el tamaño hubiera reemplazado al pensamiento. Como si fuera una cuestión masculina.

Todo comenzó a parecerse a los mercados especulativos del siglo XVII y XVIII: la burbuja del Mar del Sur, John Law y la regencia francesa, el delirio holandés de los bulbos de tulipán. Entre más crecieron las corporaciones, más lentas y desorientadas se volvieron —las estructuras administrativas enormes ahuyentaron a la inversión seria y al riesgo. Parecían burocracias fuera de control. Así que todo el argumento en favor de la globalización ha sido la aparente desesperada necesidad de arrancar el poder de los burócratas y ponerlo firmemente en manos de los propietarios reales, capaces de tomar riesgos reales.



*La ideología, como el teatro,  
depende de la suspensión  
voluntaria de la incredulidad. En  
el núcleo de cada ideología yace  
la adoración de un nuevo futuro  
brillante sólo con fallas en el  
pasado inmediato.*

Quizá más que los genocidios, el desorden en las calles o las crisis de la deuda, esas imágenes eran recurrentes de ineptitud corporativa, combinadas con la ausencia de autocrítica, que por primera vez pusieron en claro la decadencia de la globalización. ¿Cómo podría cualquiera de nosotros creer seriamente que nuestra redención se encuentra en la reconceptualización de la civilización, de modo que todos podamos verla a través del prisma de los negocios y de la economía? Entre más grandes se volvieron las corporaciones, entre más desregulación las dejó siendo ellas mismas, más rápido se salieron de sincronía con su civilización, e incluso con sus clientes y sus accionistas.

Por supuesto, la mayoría de la gente de negocios trabajó lo mejor que pudo, más o menos como lo habían hecho, independientemente de la ideología del momento. La gente que se tropezó con fuerza parecía ser la estrella persistente de la metodología del nuevo mundo. Y así, a plena vista del público, el valor de la famosa fusión de AOL y Time Warner cayó rápidamente de 284 mil millones a 61 mil millones de dólares. Y la GE de Jack Welch, modelo del nuevo líder, comenzó a tirarse al suelo por el último penique como un pequeño niño ambicioso. Arthur Andersen demostró que los contadores pueden actuar tan mal como cualquier otra persona. Hollinger, cuyos periódicos en cuatro continentes pregonaron la globalización, cayó bajo múltiples investigaciones financieras y legales, como lo hizo Parmalat, la gran historia de éxito italiano. Y de ahí en adelante.

La ideología, como el teatro, depende de la suspensión voluntaria de la incredulidad. En el núcleo de cada ideología yace la adoración de un nuevo futuro brillante sólo con fallas en el pasado inmediato. Pero una vez que la suspensión se va, la voluntad se convierte en sospecha —la sospecha del traicionado. Abruptamente nuestros brillantes líderes se ven ingenuos, hasta ridículos.

Y así, hacia el fin del decenio de 1990, nuestra incredulidad regresa y con ella nuestra memoria. Los años comprendidos entre 1945 y 1973 ya no parecen ser tal fracaso. De hecho, fue una de las épocas más exitosas de la historia tanto para la reforma social como para el crecimiento económico. Era algo de donde se construía para reformar, no algo para descartar.

La primera insinuación del fin de la ideología reinante vino con el exitoso rechazo de Malasia del modelo globalizador. Nosotros, en nuestro fervor, vimos la crisis en términos económicos, y por lo tanto sujeta a las reglas de la inevitabilidad. Los malasios la percibieron como una crisis política nacional con implicaciones económicas. Y así, ellos actuaron política y nacionalmente y probaron que estaban en lo correcto. De pronto apareció la posibilidad de que los Estado-nación no estuvieran muriendo. Y de que la certeza económica era ingenua.

Así las cosas, a fines de 1999, vinieron las elecciones generales en Nueva Zelanda. Quince años antes, este pequeño país se había vuelto hacia el modelo de la globalización. Ahora, de la noche a la mañana, sus electores votaron para cambiar el rumbo apoyando a un gobierno intervencionista fuerte, comprometido

con una mezcla de políticas nacionales de tipo social, reglamentación económica factible y un sector privado estable. ¿Por qué? Sus industrias nacionales habían sido vendidas, su economía se encontraba en **decadencia** y su estándar de vida estuvo estancado durante los quince días que duró su experimento globalizador. Sus jóvenes **emigraban** en proporciones alarmantes. Esto es, los ya dichos ciudadanos no eran inevitables. Si un pequeño país podía flexionar bien sus músculos, entonces, el Estado-nación estaba realmente vivo.

Entonces vinieron las explosiones del año 2001 en Nueva York, Washington y Pensilvania. Durante los siguientes días, la economía mundial comenzó a desplomarse hacia la depresión. Los líderes corporativos se encerraron en sus negocios, se olvidaron del liderazgo mundial y, con su clásico deseo de disminuir el riesgo, redujeron sus programas de inversión, acelerando así el hundimiento económico de la sociedad.

Los dirigentes políticos, los ministros de finanzas, los presidentes de las reservas y de los bancos nacionales, y las élites constituidas de los Estado-nación, se pusieron en acción. Viajaron y hablaron, emitieron moneda y gastaron grandes cantidades de esas emisiones. Y lograron estabilizar la situación. En otras palabras, hubo una brutal inversión— pública y asistencial—de papeles. Los gobiernos de los Estado-nación tomaron de nuevo todo su poder para actuar y para guiar. Los altos ejecutivos se replegaron hacia su papel histórico reactivo.

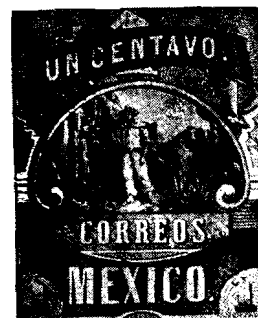
Cuando desaparece la fe, los templos se empiezan a vaciar. Se pudo ver esta incredulidad acelerándose hacia la corte de bancarrotas en diciembre de 2001 cuando, como si fuera una farsa de alcoba antigua, la “inevitabilidad” del liderazgo corporativo global se dio de frente con Enron al solicitar protección gubernamental por sus deudas privadas.

Lo vimos de nuevo en la sesión de apertura de la frívola corte de Davos. Aquí fue donde, 30 años antes, se presentó por primera vez la teología de la globalización, toda ella basada en la premisa de que la civilización debe observarse a través de un simple prisma económico monolítico.

Aun aquí estaba en su inauguración, en enero de 2003, el primer ministro de Malasia festejando a Mahathir Mohamad por el éxito económico de su país. Era claro para todos que este éxito se había logrado gracias al liderazgo político a nivel de Estado-nación y que se basaba en el rechazo de la economía globalista. Unos días después Luiz Inácio Lula da Silva, el nuevo presidente de Brasil, llegó a la villa suiza para presentar una versión independiente y directa de populismo **responsable** de Estado-nación.

Lo que todo esto **quería decir** quedó muy claro cuando Colin Powell, Secretario de Estado de Estados Unidos, llegó a hablar del país que había alcanzado **más poder nacional** que ningún otro en la historia. En cuanto a lo relativo a una posible guerra con Irak, declaró, “nosotros **actuaremos** aunque otros no estén preparados a unírseos”. De modo que Estados Unidos actuaría unilateralmente, es decir, nacionalmente.

*Cuando desaparece la fe, los templos se empiezan a vaciar. Se pudo ver esta incredulidad acelerándose hacia la corte de bancarrotas en diciembre de 2001 cuando, como si fuera una farsa de alcoba antigua, la “inevitabilidad” del liderazgo corporativo global se dio de frente con Enron al solicitar protección gubernamental por sus deudas privadas.*



Así, en tan sólo una semana, dentro del hogar emocional y mitológico de la globalización, tres muy diferentes pivotes gubernamentales le dieron la espalda a la globalización y actuaron como si los Estado-nación fueran la realidad internacional central.

La guerra que siguió en Irak acabó deliberadamente con la alianza Occidental de medio siglo, producto de la Segunda Guerra Mundial. En enero de 2003, Washington había decidido no tomarse el tiempo para armar la tradicional coalición de campo de batalla occidental. El efecto era liberar a un grupo de naciones a repensar sus relaciones.

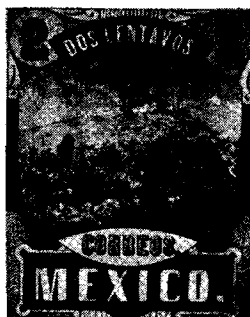
Esta era una verdad para los viejos jugadores de la OTAN, y también para los más pequeños estados de Europa central, recientemente liberados, que tenían capacidad para flexionar sus músculos de Estado-nación al unirse. Algunos de ellos no habían tenido nunca esa oportunidad. Para otros, era la primera vez desde la década de 1930.

Las naciones se empezaron a mover por el mundo como agentes semilibres. Las organizaciones como la OTAN continúan siendo sólidas. No hay deseo de precipitarse. Pero todo el mundo está revisando si hay alguna otra forma de actuar y con quién.

Lo que esto puede significar es aún penosamente turbio. Aquí estamos, apresurándonos a dar vuelta en uno de estos filosos recodos sin tener idea de hacia dónde vamos. Quizá de regreso al peor estilo del viejo nacionalismo negativo. O quizá hacia una más compleja e interesante forma de nacionalismo, basada en el bien público.

Lo que es cierto es que el nacionalismo del mejor y del peor tipo ha tenido una notable e inesperada recuperación. Todavía no sabemos si se va a convertir en la nueva ideología dominante. Lo que sabemos es que en toda Europa se ha dado el regreso de un nacionalismo negativo estilo siglo XIX. Aunque usualmente, como resultado del miedo, ha reaparecido en países que no tenían nada que temer: en Austria, Jörg Haider se expresaba en contra de los inmigrantes al tiempo que hacía eco de mitos nacionales raciales y monolíticos. Italia gobernada por tres nacionalistas, uno de ellos el líder del viejo partido de Mussolini. Fenómenos relacionados en Bélgica, Dinamarca, Francia, Holanda, Noruega y Suiza. Un súbito renacimiento del nacionalismo sectario en Irlanda del Norte. La derrota del compromiso en Córcega. Por todos lados estos nacionalistas están ahora en gobiernos de coalición o son líderes de la oposición.

Muchos de los partidos principales han recortado sus velas para captar algunos de los votos nacionalistas. Los inmigrantes no europeos, que rara vez representan más del cinco por ciento de la población de un país, se han vuelto el centro de un sentido de impotencia política y social producida en parte por un cuarto de siglo de situaciones continentales y globales inevitables. El hoy creciente miedo a los musulmanes es paralelo a un regreso del antisemitismo. La última elección australiana fue ganada provocando miedo hacia los inmigrantes. Se piensa que el nuevo presidente de la República Checa es un nacionalista



pasado de moda, como también el gobernador de Tokio. Puesto que Estados Unidos es tan poderoso, la gente dice que todas sus acciones tienen que ver con el imperialismo. Pero los imperios son meras extensiones del nacionalismo. No son fenómenos ni de la globalización ni del internacionalismo.

Al mismo tiempo, han avanzado formas positivas del nacionalismo, con países como Sudáfrica y Brasil, al irse en contra de la industria farmacéutica transnacional en relación a la disponibilidad de drogas para enfrentar epidemias como el SIDA.

Y estos países han estado ganando. Comienzan a tomar forma un número razonable de tratados económica y jurídicamente vinculantes basados en la importancia de la ética y el bien público: el tratado de Otawa en contra de las minas de tierra, la Corte Criminal Internacional, el acuerdo de Kioto en contra del calentamiento global. Ellos representan los inicios de un intento de balance internacional en el que el prisma de la civilización no es ni la ingenua economía de mercado ni el egoísmo nacional.

El regreso a la idea de poder nacional también ha significado el regreso de la idea de elección: elección para los ciudadanos y elección para los países. Sólo que con la elección viene la incertidumbre que provoca miedo. En el momento en el que entremos al vacío posglobalización, se empezará a sentir que crece el miedo. Y curiosamente, entre más grande es el poder de la nación, más intenso es el miedo. Es posible que el poder produzca una expectativa de certidumbre. Quizá los países pequeños encuentren una cierta libertad en la incertidumbre —la libertad de elegir sin ser intimidados. La necesidad, decía el joven Pitt, es el pretexto de todas las tiranías. En casi todos los países pequeños la globalización se ha sentido como algo inevitable y, por lo tanto, como una tiranía.

La historia, a la larga, dará forma a todos estos signos contradictorios. Pero la historia no está a favor o en contra. Sólo es. Y en la geopolítica no existe tal cosa como un vacío prolongado. Siempre se llena.

Esto es lo que sucede cada cierto número de décadas. El mundo da la vuelta, cambia, toma un nuevo curso, o intenta uno viejo. La civilización se apresura a dar la vuelta en una de esas esquinas ciegas llenas de incertidumbres. Entonces, como de golpe, las oportunidades se presentan a los que actúan con destreza y compromiso.

*El regreso a la idea de poder nacional también ha significado el regreso de la idea de elección: elección para los ciudadanos y elección para los países. Sólo que con la elección viene la incertidumbre que provoca miedo. En el momento en el que entremos al vacío posglobalización, se empezará a sentir que crece el miedo.*